

Quadernos del Sur

AÑO 13 - N° 24

Mayo de 1997

Tierra del Fuego

Marx, el inactual*

Enzo Traverso

La eclipse sufrida por Marx en los últimos años ha sido proporcional a su prepotente presencia en las dos décadas anteriores. A pesar de la petrificación ideológica sufrida durante el socialismo real, el autor de *El Capital* ha sido verdaderamente, desde varios puntos de vista, el horizonte de la cultura europea.

La hegemonía neoliberal de los años ochenta lo había transformado imprevistamente, en el mejor de los casos, en un ingenuo utópista desmentido por la historia o, en el peor, en el peligroso precursor de los regímenes totalitarios del siglo XX. El demiurgo de la iconografía estalinista se transformaba en el demonio del gulag; el teóri-

co de las crisis y de las revoluciones era anulado por la recuperación de la fe en las virtudes del mercado.

Este paréntesis parece estar cerrándose. Después de Derrida, Daniel Bensaïd indica la vía de un retorno a Marx. Un viraje esperado y previsible, dado que cualquier esfuerzo serio por comprender nuestra época nos remite, tarde o temprano, a Marx. ¿Pero se trata verdaderamente de un viraje? Bensaïd nos invita más bien a una nueva lectura de Marx que critica y supera tanto los debates como las problemáticas del pasado. Una lectura marxista de Marx, en el sentido de que se inscribe en la tradición inaugurada por el autor de la décimo primera tesis sobre Feuerbach: interpretar el mundo para transformarlo. Una lectura de Marx que se pone así al servicio de una reflexión crítica sobre el mundo actual, en el crepúsculo del siglo XX. Pero también una lectura nueva, porque el marxismo de Bensaïd no es ni conservador ni apologético. Su objetivo no es restaurar el edificio en ruinas de una ideología que se derrumbó en 1989

* Artículo publicado en *La Quinzaine Littéraire*, núm. 60, como reseña de los dos siguientes libros de Daniel Bensaïd, lamentablemente no traducidos aún al español: *Marx l'intempestif - Grandeur et misères d'une aventure critique (XIX-XX siecles)*, Fayard, París, 1995; y *La Discordance des Temps - essais sur les crises, les classes, l'histoire*, Les Editions de la passion, París, 1995.

con la caída del muro de Berlín y después con el hundimiento de la URSS ni recuperar un Marx auténtico contra las deformaciones, las incomprensiones y las falsificaciones de las que ha sido objeto desde hace un siglo. El reflexiona sobre una obra gigantesca cuya riqueza se nutre también de los propios contrastes y genera una pluralidad de interpretaciones y cuya herencia está dividida entre una multiplicidad de corrientes. No hay un solo marxismo, sino varios.

Pero si bien sería un error reducir el pensamiento de Marx al materialismo histórico de sabor positivista y evolucionista de Karl Kautsky o de Giorgui Plejanov o, aún peor, a los dogmas cléricales del diamat estalinista, igualmente abusivo sería no ver ninguna relación con ellos. Si es verdad que la utopía de Ernest Bloch y el mesianismo libertario no se basan directamente en la obra de Marx no es, sin embargo, una mistificación la que los enlaza con él; de esta forma Bensaïd demuestra de modo absolutamente convincente que los intentos de asimilar Marx a Compte no tienen justificación, aunque no tiene ninguna dificultad en admitir que tanto Kautsky, con su bagaje de darwinismo social y de ciencia positiva, como Benjamin, con su perspectiva teológica, se colocan con legitimidad en el surco abierto por el autor de *El Capital*.

La obra de Marx está en efecto atravesada por un conflicto interno, profundamente enraizado en la cultura de su época, entre el análisis del capitalismo según un modelo científico positivo y la visión de la historia como producto de la dinámica conflictual de un complejo, de una totalidad de relaciones sociales. Bensaïd asume este contraste como la doble tentación de Marx que explica tanto el homenaje a Darwin en el prefacio de la primera edición de *El Capital* como su constante diálogo con Hegel, en la tradición que, desde la *Ideología Alemana*, llama *deutsche Wissenschaft*. Si Engels no escapará siempre a las desviaciones de esta voluntad de hacer ciencia, especialmente en algunos textos como el *Anti-Düring* o *Dialéctica de la naturaleza*, Marx conseguirá contrarrestarla gracias a los poderosos baluartes de la dialéctica hegeliana.

Lo que no es el marxismo

Al terminar un siglo de controversias sobre el marxismo, Bensaïd empieza por aprehender el pensamiento de Marx en negativo señalando primeramente lo que el mismo no es.

No es una filosofía de la historia en el sentido clásico, o sea una construcción de la historia universal en el sentido hegeliano, y tampoco es una concepción teleológica del socialismo como salida

ineluctable de la sociedad de clases. Contra la interpretación tradicional tanto del marxismo evolucionista (Kautsky) como de la de algunos de sus críticos más ilustres (Karl Popper), Bensaïd muestra, citando la correspondencia de Marx con Vera Zasúlich y los populistas rusos, que el autor de *El Capital* siempre ha rechazado explícitamente una teoría histórico-filosófica general que postulase un itinerario obligatorio desde la comunidad primitiva al socialismo que pase a través de una serie inevitable de etapas intermedias (esclavitud, feudalismo y capitalismo, con la variante del modo de producción asiático). No hay un resultado final positivo garantizado ni un progreso inevitable: Marx no concibe la historia –según un paradigma positivista– como un progreso en línea recta a lo largo de un eje cronológico homogéneo y vacío ni como una simple acumulación cuantitativa de las fuerzas productivas.

Si concibe, sobre todo en los *Grundrisse*, el desarrollo de estas últimas como condición necesaria de la reducción del tiempo de trabajo y de la liberación de las potencialidades creativas de los seres humanos, esto no desemboca de ningún modo en una concepción productivista del socialismo como una especie de Moloch industrial. Subraya con fuerza las contradic-

ciones íntimas del desarrollo técnico, lo cual hace posible, a partir de sus categorías, pensar la transformación, típica del siglo XX, de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas.

El progreso no es, a sus ojos, un progreso en sentido único, son movimientos en contradicción que traen aparejada, dialécticamente, su negación.

Progreso y retroceso van a la par, envueltos en la danza infernal del universo mercantil. Enteras páginas de *El Capital* están dedicadas al análisis del retroceso social y la violación de la naturaleza inducidos por el progreso técnico en el marco de la acumulación capitalista.

La discordancia de los tiempos

A partir de esta doble tentación de Marx, la célebre alternativa afirmada por Rosa Luxemburgo a comienzos de la primera guerra mundial, «socialismo o barbarie», puede ser interpretada de dos modos: como la alternativa entre progreso y retroceso en el hilo diacrónico de la historia o como una verdadera bifurcación.

Contra toda concepción teleológica Bensaïd piensa la historia, comenzando por Marx, como el campo de lo inseguro y de lo posible, como un desarrollo heterogéneo en máximo grado, hecho de discordancias y de rupturas temporales, de crisis, guerras y revoluciones.

Percibe así, en *El Capital* y en los *Grundrisse*, en sus análisis de los ciclos, las rotaciones y las crisis del capital, «una organización conceptual del tiempo como relación social». De la cual se desprende una concepción de la historia como reenvío, como encrucijada abierta a múltiples salidas.

No hay ninguna salvación asegurada a priori pero nada hace inevitable la eterna repetición del «cortejo triunfal de los vencedores» evocado por Benjamín en las *Tesis sobre el concepto de la historia*. La prefiguración del socialismo no asume en Marx (o no asume casi, dado que Bensaïd se olvida algunos párrafos bastante turbadores a este respecto) la forma de una prescripción normativa.

Para resumir en una frase esta teoría crítica de la historia como proceso políticamente inteligible y estratégicamente pensable, Bensaïd cita a Gramsci: «sólo las lucha es previsible» y evoca las fructuosas consecuencias de esta intuición de la discordancia de los tiempos: el desarrollo desigual y combinado de Parvus y Trotsky, la no contemporaneidad de Bloch y, más recientemente, las alternancias del progreso de Robert Bonnaud.

A propósito de las clases sociales
Tampoco el pensamiento de Marx es una sociología empírica de las clases sociales. Sería inútil buscar,

en las decenas de volúmenes de sus escritos, una definición rigurosa del concepto de clase comparable, aunque sea de lejos, con los tipos ideales de Max Weber o con las clasificaciones de Emile Durkheim. Lenin, para quien las clases sociales se definen, abstractamente, en relación a su colocación en el proceso productivo, propuso una conceptualización coherente con el sistema teórico de Marx pero que por cierto está ausente de *El Capital* cuyo libro III tiene, precisamente al comienzo, un capítulo incompleto sobre las clases.

Marx distingue en dos pequeñas páginas entre las clases principales definidas por el salario, el lucro y la renta de la tierra. Y no va más allá. El economista austriaco Joseph Schumpeter se interroga sobre la paradoja de un pensador que no ha elaborado una teoría sistemática sobre un sujeto que es central en su reflexión. ¿No tuvo tiempo para enfrentar el problema? Y, por otra parte, ¿en qué pasaba su tiempo? Bensaïd responde: «En curarse sus terribles forúnculos, en participar en las desdichas familiares, en echar a los acreedores, en vender artículos periodísticos para pagar las deudas, en maltratar al tío Phillips, en mantener una voluminosa correspondencia, en conspirar y organizar al movimiento obrero. Sobre todo en escribir y reescribir *El Capital*.»

Ver en este capítulo incompleto una laguna teórica significa, según Bensaïd, no comprender la antiso-ciología de Marx para quién las cla-ses no existen como categorías so-ciológicas abstractas sino sólo como sujetos históricos vivos. Las clases no existen y no se definen sino en sus relaciones conflictua-les con otras clases. Es por esta razón que los escritos políticos de Marx, des-de *El Dieciocho Brumario* hasta *La guerra civil en Francia*, son muchos más ricos, desde este punto de vi-sa, que las fórmulas abstractas de *El Capital*. Y es esta también la ra-zón por la cual no ha sido en la so-ciología o en la economía política sino más bien en la historiografía donde el marxismo ha producido sus análisis más profundos sobre los conflictos clasistas. Para Edward Thompson, cuyo punto de vista Bensaïd parece compartir, las cla-ses son sobre todo un fenómeno his-tórico, o sea no una estructura o una categoría sino más bien sujetos que se constituyen en el curso de las relaciones recíprocas. No son cosas, como los hechos sociales de Durkheim, sino relaciones sociales: «la clase se define por el modo en que los hombres viven su propia historia y, en última instancia, ésta es la única definición.»

Economía y ecología

La teoría de Marx, por último, no es una ciencia positiva de la eco-

nomía desde el momento en que su anatomía del sistema capitalista está siempre inscrita en una totali-dad de relaciones sociales antagó-nicas, dinámicas y móviles cuya historicidad señala constantemente. No es que esté al reparo de la tentación, sumamente fuerte en su tiempo, de elaborar una teoría del capitalismo siguiendo el modelo de las ciencias naturales. Su referen-cia en *El Capital* a las leyes natura-les del desarrollo del modo de pro-ducción capitalista muestra que su obra está marcada de todos modos por una dimensión científica y positivista.

Sin duda esta dimensión no im-pregna la totalidad de su pensamien-to, a semejanza de la caricatura evolucionista que hará Kautsky. Análogamente su visión del capi-talismo no corresponde al equilibra-do mecanismo que habría deseado Benjamín ni a la estructura sin suje-to teorizada por Althusser. En la plu-ma de Marx las leyes naturales del capitalismo se transforman inmedia-tamente en leyes de tendencia, esto quiere decir, como precisará Gramsci en sus *Cuadernos de la Cá-recel*, «leyes no en el sentido del deter-minismo o del naturalismo es-peculativo sino en el sentido histo-ricista». Hay aquí una aporía en el edificio histórico de Marx que, lejos de aparecer como un sistema cerra-do, sigue siendo una obra abierta, suscep-tible de desarrollos diversos.

Gracias a esta comprobación Bensaïd puede colocar en la justa perspectiva la herencia teórica de Marx en relación con la ecología política. No sería difícil, a partir de un juego estéril de citas mutiladas y separadas del contexto, trazar dos retratos radicalmente opuestos del autor de *El Manifiesto Comunista*: por una parte el de un encarnizado productivista, sostenedor de un progreso inmediatamente identificado con el dominio sobre la naturaleza, por la otra el de un verde *ante litteram*, precursor del fundamentalismo ecologista y adepto de un comunismo interpretado, en los *Manuscritos de 1844*, como una forma de naturalismo llevado a sus últimas consecuencias.

Estos dos retratos son completamente absurdos. Intelectual del siglo XIX consagra algunas páginas penetrantes a la denuncia de la industrialización como violación de la naturaleza (la crítica de Engels será de todos modos más vigorosa) pero en vano se buscaría en su obra un análisis sistemático de la destrucción del ambiente resultante de la civilización industrial. Lo que es posible encontrar en ella es una dimensión romántica, ya estudiada por Michael Löwy y Robert Sayre. Se puede pensar la ecología a veces con Marx, a veces contra él, pero no se le deben formular reproches anacrónicos ni pedirle

respuestas a problemas con los cuales no se enfrentaba.

Un pensamiento crítico y subversivo

Los libros de Bensaïd no son solamente una lectura de Marx sino que intervienen sobre un siglo de controversias respecto de su obra. Bensaïd no se deja seducir por el marxismo analítico anglosajón que querría plegar el pensamiento de Marx a los respetables códigos de una disciplina universitaria púrgandolo de su dimensión subversiva y que está pronto a abandonar el análisis de los conflictos de clase en nombre del individualismo metodológico. Critica, de paso, la teoría de la justicia de John Rawls, a la que considera un «completamiento ético-jurídico coherente de un liberalismo social bien templado». O a la razón comunicativa de Habermas que le recuerda «la comunidad de los santos en la cual todos los conflictos se apagan y en la que incluso el diálogo será superfluo». El resumen no carece de eficacia pero no puede reemplazar una crítica marxista radical del trabajo de Habermas, que aún no se ha realizado. En *La Discordance des temps*, Bensaïd vuelve sobre la lectura de Marx propuesta por Gramsci, Benjamin, Bloch y, más recientemente, por Toni Negri y Jacques Derrida. No vacila, en un capítulo tan fascinante como denso de substancia, en

volver a descubrir a Charles Péguy y en proclamarse peguista. «No peguista aunque marxista, sino peguista porque marxista».

La reflexión de Bensaïd es sólida, su erudición provoca la admiración del lector. Si su escritura es brillante (cosa rara en los ensayos teóricos), a menudo exaltante, a veces incluso rebuscada, estas explosiones se verifican a veces a costa de la claridad. Las fórmulas no son siempre convincentes, por ejemplo cuando escribe que Marx no tenía ninguna dificultad «en reconocer conflictos no directamente reductibles a la lucha de clases». La reflexión de Marx (y de Engels) sobre la opresión colonial, nacional, sexual o racial está apenas esbozada o está completamen-

te ausente, o es ambigua o incluso discutible. Los autores del manifiesto habrían debido merecer a este respecto una crítica menos complaciente.

Marx l'intempestif y *La Discordance des Temps* plantean problemas, crean interrogantes, abren pistas inexploradas. No será fácil desembazarse tranquilamente de estos dos libros que de manera saludable sacuden las ideas preconcebidas tanto de los adeptos como de los adversarios de Marx, cuya herencia intelectual permanece bastante viva, como lo ha demostrado Daniel Bensaïd.

(*Traducción del italiano*: Guillermo Almeyra.)

Revue internationale pour l'autogestion

UTOPIE CRITIQUE